

## **OTEOS EN MARE TENEBRIS**

La casa estaba henchida de aromas marinos en el bajo manto de la playa. Era una construcción alojada en el rumbo del horizonte como si fuera un buque encallando en el coral del amanecer o del ocaso y donde nadie se atrevía a poner un pie desde hacia muchos años. De cuando en cuando un valiente se atrevía señalarla a lo lejos y decir que estaba embrujada, pero nada más.

Cierta noche, tres pescadores se vieron en la urgencia de tomar refugio en ella durante la tormenta. Con la madera astillada en el interior del inmueble encendieron una hoguera y se acomodaron en el piso como precisando un triángulo de rescate. El humo brinca picado por los minutos y empieza un paseo de puntillas, no se puede decir que pisa la ceniza como los espíritus líquidos, tritones, ni en su garganta salta el anzuelo enemigo. Los pescadores desinflan el aliento y la obscuridad los lleva a menear la cabeza.

Al principio oyen pasos en la planta alta. Parecía como si hubieran varias personas encerradas en el aire. Cuando uno de los pescadores preguntó: “¿Quién anda arriba?”, las pisadas cesaron. Inmediatamente se escuchó la congoja de una mujer joven. El grito fue ahogado por un estertor de bestia y se desvaneció en silencio. La casa arremolina un inepto perfume de muerte y la bocanada tonante entra por los vidrios rotos. Una puerta se azotó en la planta alta y otro muchacho definitivamente excitado gritó: “¡A mí no!”. Los golpes fofos de un lado a otro hacían pensar que era perseguido por algo descompasado, articulando por momentos una sinfonía espesa de sombra y escombros y vuelta a ser sólo el papel tapiz, las cortinas mustias y el techo gris al siguiente instante. Nuevamente el gruñido estremeció el aire y todo el cielo raso se cimbró con un golpe finalmente ingerido por la madera. Los pescadores pararon las orejas por más ruidos fantasmales, pero no hubo

ninguno inmediato hasta que ese algo lanzó su grito desarticulado. Toda la casa da un vuelco junto al tropel de las olas. Los pescadores se tapaban los oídos, pensando que se volverían locos. Cuando finalmente pasó de largo el eco, los pescadores escucharon el caminar sin aseo bajando por las escaleras y arrastrando dos pesos distintos a cada escalón. Un relámpago ilumina la casa con violento resplandor azulado y el único ojo de Polifemo queda al descubierto hasta que el mar lo sorbe con dulzura de molusco. Fín del suspenso. Pleamar de neuronas. Ensayas tu testimonio, veinte, treinta palabras, semejante al ahogado que quiere salvarse hundiéndose al salvavidas, pataleando enloquecido, luchando por vivir, hasta yacer jadeante bocarriba sobre el océano. Aunque el cíclope es atrapado y devuelto a la caverna de donde escapó ante la rara impunidad del mundo, los tres supervivientes juran no contar con la lengua lúcida porque dicen conocer el sabor particular de la sal marina. Estos tres peces de otras asfixias, ya llegan a la sala de urgencias sacudiéndose la aguja hipodérmica pues algo en esa verdad no puede ser verídico. Sobrante el otro ojo de Polifemo, la habitación del hospital les brinda una ventana, o el último vínculo que pudiera quedarles para con el mundo real. Por algún sorteo administrativo, el paciente desahuciado entre el trío de los sobrevivientes, con la postrera fuerza con el cuello para quedar vigilando la ventana abierta, estaba en esa cama privilegiada. Cuando finalmente cesó su agonía, el compañero próximo a su lecho tomó dicho lugar. No obstante la remota posibilidad de convalecencia, éste se dedicó a disfrutar sus frágiles días describiendo en voz alta toda la vista panorámica mirada desde la cama: muchachas bonitas, el tráfico de vehículos grandes y chicos, las formas fantásticas de las nubes, los anuncios luminosos, etcétera...cualquier cosa que le ayudara a olvidar su mala experiencia. El contuso afortunado que conversa sin ser despertado, cuyas heridas no fueron tan graves de vendar, se deleitaba escuchando a su amigo, pero cuanto más le oía hablar de tales placeres visuales, menos podía poner una

sonrisa en pie y concluyó que la única medicina de resultados consistía en ver las cosas por sí mismo. La mera posibilidad de lograrlo era consumándose la fase terminal de su vecino, por lo que comprometió la vida del doliente y la vida de sus descendientes hasta la cuarta generación en cierto atentado moral, orando y ayunando, para que la gran bocina con la *poiesis formae*, al lado suyo, dejara de vivir. A la mañana siguiente, cuando las enfermeras llegaron, aquel vió totalmente cumplido su deseo como cicatriza una herida. El finado no podría más quitarle, como insulta un rey a otro rey, el asombro de las cosas que tanto hubo descrito en vida, pues ahora era oportunidad suya para continuar la convalecencia. Más, cuando fue trasladado a la cama deseada, cuánto pudo ver a través de la ventana fue una tapia blanca entre sus manos vacías.